

Diablotexto *Digital*



MARÍA ROSA IGLESIAS: *AURELIA QUIERE OÍR*

Buenos Aires: Paradiso ediciones, 2019, 349 pp.

CLAUDIA LÓPEZ BARROS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Aurelia quiere oír trasunta los sentires y pesares de dos problemáticas de gran complejidad, como son la de la emigración y la hipoacusia.

María Rosa Iglesias, su autora, es poeta y narradora oriunda de Marrozos, Santiago de Compostela. En una entrevista otorgada a un medio gallego señala: “A los diez años, cuando leí *El Quijote*, sentí que crear un mundo de ficción era maravilloso pero mis padres no alentaban el cultivo del arte sino el trabajo y estudio de cosas «serias». Yo sentía que escribir por placer era transgredir los mandatos”.

Aunque inscripta en el territorio de la ficción, esta novela tiene mucho de autobiografía. Al igual que la protagonista, Iglesias emigra a la Argentina a los cinco años durante la última gran oleada migratoria de Galicia a la Argentina en las décadas de 1940 y 1950. Una niña campesina que no elige emigrar sino que lo vive como una imposición y que además carga con un déficit auditivo que dificulta enormemente su integración, su aprendizaje, en definitiva su sociabilidad.

A lo largo de la novela aparece fuertemente marcado y cuestionado el lugar de la mujer, un lugar subordinado que la protagonista no acepta, al igual



que la autora, quien en la presentación de su libro en Buenos Aires, en octubre de 2019, mencionó que se había hecho feminista a los cinco años al ver que su madre pasaba de ser jefa de hogar a ser la segunda de su padre, algo que ella no repetiría.

En esa presentación la escritora María Rosa Lojo señaló la condición de “doblemente cautiva” de la protagonista: por una parte, la emigrante obligada y por otra, la víctima de la hipoacusia, una minusvalía que atraviesa a la Aurelia niña, adolescente, joven.

A lo largo del texto se van desarticulando distintas características del estereotipo negativo del gallego, lo bruto, lo tacaño, “el gallego pata sucia”, y pasa a configurarse un inmigrante emprendedor, muy trabajador, preocupado por la educación de los hijos como mecanismo de integración y ascenso social. De igual modo, la novela va delineando una sumisión aparente de las mujeres respecto de los varones, sumisión que se observaba en la escena pública pero que se invertía en la de orden íntimo.

Una protagonista que emigra de niña y vuelve ya mujer a su tierra, una mujer que comprueba que ser migrante implica unas *matrias*/patrias a dos aguas en las que no se es plenamente nativo en ninguna, que la patria es la infancia y esa infancia ya no está. Por eso en esa vuelta tan ansiada, en ese peregrinar hasta el Pico Sagro, aparece el aprendizaje de mirar con otros ojos la tierra de origen, entender que, como señalan los versos de Rosalía de Castro en *Follas novas* (“[...] soupen só que non sei qué me faltaba/ en donde o cravo faltó”¹), si el clavo incrustado dolía, si el emigrar y asentarse en una tierra nueva fue difícil y doloroso, cuando el clavo ya no está y se vuelve a la *matria*, la falta sigue presente y entonces se añora el tiempo de la infancia idealizada, de la Galicia mitológica y los afectos del otro lado del mar. La protagonista logra reconvertir la carencia: “Y descubrió que bien podía ella enunciar «patria» en plural”, que tenía, siguiendo a Galeano, dos memorias y dos patrias.

¹ “[...] solo supe que no sé qué me faltaba/ en donde el clavo faltó”.



Resulta sumamente interesante cómo esta novela entrelaza el tema de la emigración con el de la hipoacusia, ya que en ambos hay una oscilación entre dos mundos: el inmigrante vive en la morriña (la nostalgia) y la necesidad cotidiana de *aggiornarse* para integrarse a la nueva realidad. A esto se suma que además ocurre el pasaje de lo rural a lo urbano, con todos los cambios de costumbres, tiempos y modos que eso conlleva. Quienes migran no dejan de transitar entre dos espacios, en este caso a uno y otro lado del Atlántico. Quienes padecen de hipoacusia también viven entre dos mundos, entre el de los sonidos y el del silencio, entre poder estar integrados en el entorno social cotidiano o el aislamiento, la soledad.

Aparece entonces el tema de la hipoacusia como un problema que se encuentra invisibilizado, ya que se trata de una carencia que no se da a ver: hasta que Aurelia no la manifiesta, el resto de los personajes ignora su situación. Se plantea una necesidad de pasar de lo individual a una noción de lo colectivo de manera inclusiva; en estos tiempos de pandemia global, tiempos de honda incertidumbre, es interesante pensar qué acciones de lo individual, del trato con el otro, afectan a la sociedad en su conjunto. “Ponerse en los zapatos de Aurelia”, tal como recita uno de los personajes del libro, que frente a la incomprensión del problema de la hipoacusia reta a su socio a estar un día con los oídos tapados con algodones, de modo que se complique escuchar y entonces evaluar cómo se siente el tener que pedir varias veces que se le repitan las respuestas, o tal vez ya cohibido dejar de comprender. Esas ausencias son trabajadas de manera lúdica e ingeniosa con una serie de guiones en aquellos fonemas e incluso palabras enteras que la protagonista no puede oír y a los que el lector tampoco puede acceder, son sentidos que se escapan, incompletos, perdidos.

Una niña transatlántica: la inmigrante que es estigmatizada, el rasgo de sentirse un diferente. En relación con el desenmascaramiento de los prejuicios frente a ese otro, al diferente, en el libro, además de señalarse el estereotipo del gallego que es especialmente tildado de ignorante, también queda explicitada la mirada descalificadora que el gallego adulto tiene del porteño o incluso de migrantes internos (aquellos que vienen de otras provincias de



Argentina a vivir a Buenos Aires) que son considerados vagos, como si los únicos trabajadores *reales* fueran los inmigrantes gallegos. En este sentido nos encontramos con la descalificación de quienes van a las marchas en apoyo a Perón e incluso el protestar sobre los derechos de los trabajadores (vacaciones, aguinaldo), como si esos derechos los hicieran menos trabajadores y acentuaran esa idea de pereza que parte como prejuicio. Es interesante porque nos saca de una cierta zona de confort de la mirada progresista: mientras se hable de derribar el estereotipo del gallego nos sentimos cómodos, identificados, pero un paso más allá es pararnos y ver los prejuicios de una gran parte de la colectividad frente al otro que nos resulta diferente, que tiene un estilo de vida alejado y por ello es rechazado, descalificado.

Aurelia quiere oír es un texto que, anclado en la novela ficcional, habilita múltiples reflexiones: tanto sobre la emigración como sobre quienes tienen capacidades diferentes a nivel sensorial, el lugar del niño, el lugar de la mujer, cómo miramos, percibimos, nos relacionamos con los otros.

Un texto de un altísimo voltaje emotivo-reflexivo que nos invita a repensarnos.